

John Saxe-Fernández (coordinador), *Fidel: 17 aproximaciones**

Por Omar Ernesto Cano Ramírez**

El 25 de noviembre de 2016, Fidel Castro Ruz, líder de la Revolución Cubana y figura política del Caribe, de América Latina y del mundo, falleció en La Habana, Cuba. La población de la isla llenó calles y plazas para despedirlo. Entre gritos, llantos, tristeza y dolor el pueblo cubano dio el adiós material a su líder histórico. Millones de voces gritaban al unísono “Yo soy Fidel”. A los pocos días de la despedida, Pablo Gentili, entonces secretario ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), propuso a un grupo de intelectuales de la región realizar un volumen en homenaje a la vida y obra de Fidel Castro. La tarea la asumió John Saxe-Fernández, quien reunió a 17 autoras y autores para rendir homenaje con pluma y papel. El resultado fue el libro *Fidel: 17 aproximaciones*.¹

Cada uno de los escritos rinde un homenaje muy personal a Fidel Castro. Las autoras y autores escriben desde la relación que mantuvieron con el revolucionario cubano: en algunos casos se trató de una relación muy íntima, casi familiar, en otros fue una relación pedagógica.² Cada autora y autor muestra un aspecto particular de Fidel, una cualidad personal, recuerdos de su infancia, su formación universitaria, su fase como guerrillero, su capacidad como líder moral e intelectual, su prestigio como figura internacional, sus relaciones con otras personalidades políticas, su responsabilidad política, sus legados y lecciones. Al concluir el libro, el lector tiene un retrato muy amplio de la vida y obra de Fidel.

* El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación PAPIIT IN302221 “Riesgos existenciales para la vida en el planeta: capitalismo fósil, economía de guerra permanente y luchas hegemónicas”, auspiciado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico y realizado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, bajo la dirección del Dr. John Saxe-Fernández.

** Sociólogo mexicano. Especialista en Historia del Pensamiento Económico y maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Actualmente realiza estudios de doctorado en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM. Adscrito al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, donde también es profesor en las licenciaturas de Sociología y Relaciones Internacionales. Asistente editorial de la revista *Estudios Latinoamericanos*. Miembro de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe A. C. y del Grupo de Trabajo CLACSO “China y el mapa del poder mundial”. E-mail: <ernesto.cano@politicas.unam.mx>.

¹ Una primera versión de este homenaje la publicó CLACSO en 2018 con el título *Yo soy Fidel: pensamiento y legado de una inmensidad histórica*. Se puede consultar de forma gratuita en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20181116055410/Yo_soy_Fidel.pdf>.

² Al final del libro se incluye una semblanza de cada una de las autoras y los autores, lo que permite conocer un poco mejor qué tipo de relación guarda cada escrito con Fidel Castro.

ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, NUEVA ÉPOCA, NÚM. 51, ENERO-JUNIO, 2023, PP. 153-161.

El volumen abre con un “Prólogo” escrito por Roberto Fernández Retamar, quien resalta el sentir y el contenido que los 17 capítulos comparten entre sí. Para Fernández Retamar, el libro nos muestra que la trayectoria de Fidel inicia antes de su nacimiento y continúa después de su partida. Su legado es la continuación de la obra política e intelectual de Simón Bolívar y de José Martí, enfrentando los problemas de su propio tiempo y dejando huella sobre otros grandes líderes de *Nuestra América*. Fernández Retamar resalta la amistad e influencia que Fidel tuvo con Ernesto Guevara, “el Che”, y con Hugo Chávez. Con el primero tuvo una “identificación absoluta”, eran “un alma que habitaba en dos cuerpos”; con el segundo la amistad se convirtió en una solidaridad entre dos pueblos y con todo el continente. El autor cierra su Prólogo resaltando el interés que tuvo Fidel durante los últimos años de su vida por el “destino de la humanidad”, una humanidad que está amenazada por el “capitalismo real, que ya cuenta con su Calígula atómico”.

El capítulo I, “Yo soy Fidel”, a cargo de Stella Calloni, es un sentido testimonio de la despedida que el pueblo cubano dio a Fidel, un pueblo digno y combativo. Los millones de personas que se congregaron el 25 de noviembre de 2016 recordaron al mundo que la Revolución Cubana sigue tan viva como el primer día, y así también lo está Fidel. La multitud que lo despidió lo hizo volver, “lo que sólo puede suceder cuando el amor es tan intenso que, yéndote, regresas”.

Katuska Blanco Castiñeira escribe el capítulo II, “Fidel, el monte en la piel”. La autora hace un esbozo del “amor por la naturaleza” que Fidel tuvo desde su infancia, de su aprecio por la vida simple –pero justa–, por los paisajes, las montañas y la vida en comunidad. Desde su pueblo natal, Birán, pasando por sus escuelas, sus años de guerrilla en la Sierra, hasta los discursos de sus últimos años, la autora nos lleva por la vida de Fidel para compartir su continuo “contacto con la naturaleza”, su descontento ante las injusticias sociales y económicas –en especial contra el hambre– y su aprecio por la educación humana. Este apego personal lo plasmó profundamente en la vocación de la Revolución por el cuidado de los bosques, de los ríos, de los manglares y de diferentes especies de plantas y animales. Lo institucionalizó en sus políticas de conservación y reforestación, y lo afianzó en la historia, cuando en la Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro, Brasil, en 1992, alertó al mundo sobre el peligro de que la humanidad produzca su propia extinción. Fidel, nos recuerda la autora: “llevaría siempre el monte en la piel y en el alma”.

En el capítulo III, “José Martí en Fidel Castro”, Pedro Pablo Rodríguez muestra la “relación estrecha, íntima y sistemática de la obra y el pensar de Fidel Castro con los de José Martí”, desde sus estudios de bachillerato, pasando por su lucha armada, hasta su constante crítica revolucionaria, sus discursos y sus políticas de gobierno. La postura martiana de Fidel no es un caso aislado, pues él se formó con toda una generación de cubanas y cubanos que renovaron el pensamiento de Martí. La

postura de Fidel no fue, sin embargo, la repetición del pensamiento de José Martí. Fidel logró darle una nueva originalidad al legado martiano al dialectizarlo con el marxismo-leninismo, con las necesidades del pueblo cubano y con la lucha contra un régimen imperialista fortalecido.

Fernando Martínez Heredia contribuye con el capítulo IV, “Vigencia del pensamiento de Fidel”. El autor da cuenta de cómo Fidel no sólo continuó con las luchas históricas de Cuba por la independencia y la justicia social, sino que su obra y pensamiento fueron de tal profundidad que se convirtieron en un nuevo legado para el pueblo cubano y latinoamericano. El pensamiento de Fidel se nutrió de la obra de José Martí, Carlos Manuel de Céspedes, Julio Antonio Mella y Antonio Guiterras, por mencionar a algunos, pero fue también un pensamiento que se desarrolló en la práctica revolucionaria, cotidiana y popular que logró, por primera vez en la región, unir la lucha de liberación nacional con la socialista. Fidel fue un educador permanente, desde el inicio usó los instrumentos de comunicación, en especial la televisión, para concientizar al pueblo cubano –y también latinoamericano– sobre la situación de dependencia, el imperialismo y la miseria social. Frente al bloqueo imperialista de Estados Unidos, Fidel construyó un verdadero internacionalismo: fue solidario con las luchas sociales de diferentes partes del mundo; aportó médicos, maestros e intelectuales; denunció siempre el imperialismo y el capitalismo, y mostró que al intervencionismo se le enfrenta con la lucha solidaria de los pueblos.

Pablo González Casanova, quien en 2022 cumplió 100 años de vida, escribe el capítulo V, “Lecciones de Fidel”. El autor nos muestra cómo a la lucha por la liberación política y la justicia económica –tanto martiana como marxista– Fidel agregó objetivos y fundamentos morales para lograr la cooperación, la solidaridad y la educación del y para el pueblo. Las metas económicas y políticas exigieron que la Revolución combinara las “jerarquías centralizadas y descentralizadas con las autónomas y horizontales”, conectando ambas con la “democracia directa e indirecta”. Este tipo de organización exigió un compromiso moral y educativo profundo y nuevo: “la necesidad de animar los sentimientos, la voluntad y la mente de los insumisos, para que hicieran suyo el nuevo arte de luchar y gobernar”. La Revolución adquirió así un profundo sentido “pedagógico y dialogal”, se construyó un proyecto educativo nacional que incluía la “alfabetización integral –literal, moral, política, militar, cultural, social, económica y empresarial–”, la educación superior y la investigación científica; un proyecto que combinó el saber especializado de institutos y universidades con el saber práctico del pueblo. Para González Casanova, las lecciones de Fidel nos ayudan a entender y superar los límites de las organizaciones centralizadas y descentralizadas, a construir una democracia en que el pueblo tenga poder de decisión sobre los asuntos que le afectan. Las varias e importantes lecciones de Fidel lo son porque, junto a sus compañeros y el pueblo cubano, “lograron una identidad entre la palabra y el acto”.

En el capítulo vi, “Fidel: teoría y práctica de la indispensable Revolución Latinoamericana”, Atilio Boron recupera la importancia –como defensa legal y como propaganda– del discurso “La historia me absolverá”, que Fidel pronunció en octubre de 1953. El autor resalta las tesis políticas que Fidel presentó en ese entonces: la cuestión de la libertad del pueblo; la denuncia de los crímenes de la dictadura y de la miseria e injusticia sociales; el llamado revolucionario a todas las clases oprimidas y explotadas –más allá del “obrerismo” que caracterizaba al marxista ortodoxo–, y la defensa del derecho a la rebelión. Estas tesis dan cuenta de que, desde el inicio de su lucha política, Fidel tenía una profunda conciencia de los problemas de su tiempo y de las estrategias que se debían seguir para darles solución. El autor también reflexiona acerca del significado que implicó la partida terrenal de Fidel. Su ausencia material fue sentenciada por la derecha –como ha hecho tantas veces– como el “fin de una época”. Pero el pueblo cubano y latinoamericano han mostrado lo contrario: la Revolución continúa construyendo una sociedad distinta; sigue siendo solidaria con otros pueblos; sigue reuniendo e impulsando a líderes de izquierda, intelectuales y movimientos sociales; sigue, como dijera Fidel, “luchando hasta el final”. Por ello, se ha adquirido una deuda con el legado histórico de Fidel y la Revolución Cubana: “De ahí que nuestra solidaridad con Cuba deba ser incondicional y permanente. Será la única forma en que nuestros pueblos podrán alguna vez pagar la inmensa deuda que tenemos con la isla rebelde”.

En el capítulo vii, “Fidel y la pedagogía de una Revolución”, a cargo de Carlos Fazio, se realiza un recorrido por las diferentes facetas de la Revolución Cubana para mostrar el significado histórico que tuvo el liderazgo de Fidel. Su actuar, sus posturas, sus estrategias y sus discursos mantuvieron vivos los pilares de la Revolución: su sentido popular y nacional, su compromiso democrático y anti-imperialista. A través de Fidel, la Revolución mostró desde el inicio ser un movimiento que “derrotaba las doctrinas” de todo tipo: logró derrocar un régimen dictatorial con una masa armada y concientizada, para después construir un socialismo propio y mantener la constante crítica y auto-crítica. El autor resalta la integridad moral que Fidel expresaba en sus discursos y en sus acciones durante las diferentes etapas de la Revolución: la Radio Rebelde de 1958; la Operación Verdad de 1959; la invasión de Bahía de Cochinos de 1960; la Crisis de los Cohetes de 1962, y el Periodo Especial en Tiempo de Paz durante la década de los noventas.

El capítulo viii, “Fidel y el Che”, escrito por Orlando Borrego Díaz, nos presenta a Fidel a través de uno de sus compañeros más cercanos: “el Che” Guevara, quien lo acompañó en los primeros días de lucha armada y en los primeros años de construcción del socialismo en Cuba. Una vez que se derrocó al régimen de Fulgencio Batista, “el Che” fue ocupando puestos importantes en la construcción social y económica de la nueva sociedad. Para junio de 1959, “el Che” fue el encargado de dar a conocer el proyecto revolucionario en países de África, Asia y Europa. A su

regreso fue nombrado jefe del Departamento de Industrialización del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) y después ocupó el cargo de presidente del Banco Nacional de Cuba. Durante sus años en estas instituciones, “el Che” organizó varios cursos y seminarios para instruir a los trabajadores. Resaltan sus seminarios sobre administración pública, economía política, econometría y matemáticas. Su viaje por países de Europa del Este le hizo profundizar en el “excepcionalismo” de la Revolución Cubana y plantear un camino propio en la construcción del socialismo. El autor cierra con la carta de despedida que “el Che” escribe a Fidel cuando, en 1965, inicia su campaña de guerrilla en el Congo. El documento muestra la profunda amistad y lealtad que “el Che” tenía hacia el Comandante.

Germán Sánchez Otero contribuye con el capítulo ix, “Fidel, Chávez y el destino de Nuestra América”, donde nos lleva por la amistad que el Comandante cubano forjó con Hugo Chávez, conductor de la Revolución Venezolana y del proyecto bolivariano del siglo xxi. Desde que se conocen, el 13 de diciembre de 1994, Chávez tomará la guía de Fidel para enfrentar las reacciones oligárquicas e imperialistas al proyecto nacional-popular en Venezuela, y para construir alternativas sociales dentro y fuera de su país. La admiración que Chávez profesó por el líder cubano fue correspondida con el apoyo y la amistad que Fidel le manifestó desde el primer día. Así lo muestran los momentos difíciles que Chávez enfrentó junto a Fidel: la campaña reaccionaria que denunciaba “la cubanización de Venezuela”, cuando Chávez recién había triunfado en su primera elección presidencial; el golpe de Estado de principios de 2002, fallido gracias a la movilización del pueblo venezolano; el boicot petrolero y el paro empresarial de finales de 2002. La amistad y el apoyo mutuo se manifestaron también en nuevos proyectos para Venezuela y la región latinoamericana y caribeña: las misiones sociales; el proyecto “Barrio Adentro”; la Misión Robinson y la Misión Sucre; la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

En el capítulo x, “Fidel y Allende: pensamiento, historia y actualidad”, Darío Salinas Figueredo y Eduardo Contreras Mella nos presentan la relación política que Cuba y Chile han tenido a lo largo de su vida independiente. Aunque poco conocida, esta relación se remonta a mediados del siglo xix, cuando figuras políticas chilenas dieron su apoyo a los proyectos de independencia de Cuba y Puerto Rico. Cuba y Chile, además, comparten el liderazgo de dos figuras reconocidas en toda la región: Fidel Castro y Salvador Allende. Ambos líderes representan las revoluciones de cada una de estas sociedades, pero también los ideales y proyectos socialistas y solidarios de toda la región. Allende tuvo una relación muy cercana con la Revolución Cubana y, después, con Fidel: en 1959, cuando recién había sido derrotado Batista, Allende viajó a Cuba; al ser derrotada la guerrilla que dirigía el Che en Bolivia, Allende —en ese entonces presidente del Senado— ayudó a los guerrilleros sobrevivientes a llegar a salvo a Cuba. Pocos días después del triunfo de la Unidad Popular, Allende resta-

bleció relaciones políticas, diplomáticas y comerciales con Cuba, y la relación entre ambos líderes se profundizó aún más con la visita que Fidel hiciera a Chile en 1971.

Nils Castro contribuye con el capítulo xi, “Fidel y Torrijos, luchar con las armas adecuadas a cada caso”, donde resalta los paralelismos entre la lucha protagonizada por Fidel Castro y la lucha dirigida por Omar Torrijos en Panamá. Como el de Fidel, el pensamiento de Torrijos se desarrolló gracias al contacto con campesinos, sindicalistas, líderes estudiantiles e intelectuales comprometidos. El autor muestra las particularidades del proceso revolucionario en Panamá y la recuperación de la soberanía sobre el Canal, mientras recupera los episodios en que Torrijos y Fidel se apoyaron y discutieron. Ambos líderes compartían el compromiso de que la lucha por la liberación y la autodeterminación no era una lucha de una sola nación, sino que debía ser de toda la humanidad. Fidel también reconocía en Torrijos un líder revolucionario, acorde a las necesidades de su pueblo, y resaltaba de él dos méritos históricos: el rescate de la soberanía de Panamá, al recuperar el Canal y expulsar a las tropas estadounidenses, y sus esfuerzos por lograr la unidad continental.

Elier Ramírez Cañedo escribe el capítulo xii, “Fidel y los Estados Unidos: derribar mitos”, siguiendo un tema medular: Fidel fue “el más aventajado discípulo de las ideas y la praxis revolucionaria de José Martí”. Mostró su raíz martiana en uno de los asuntos más importantes de la Revolución: su relación con el gobierno de Estados Unidos. Fidel, como Martí, supo diferenciar entre las “dos Norteaméricas”, una de “valores y virtudes culturales”, y otra de “violencia, irracionalidad y culto desmedido hacia el dinero”. No por nada Gabriel García Márquez señaló: “el país del cual sabe más [Fidel], después de Cuba, es Estados Unidos”. El autor muestra el paralelismo entre los problemas que tanto Martí como Fidel tuvieron al enfrentarse al gobierno de Estados Unidos. Uno de los primeros problemas de la Revolución fue “evitar la hostilidad prematura del gobierno de Estados Unidos”, sin caer en provocaciones que justificaran una intervención militar. El segundo reto fue “influir en la sociedad estadounidense para mostrar la realidad sobre Cuba y los nobles propósitos de la Revolución”, algo que Fidel pudo sortear con gran capacidad desde su campaña en la Sierra Maestra. El tercer problema al que se enfrentó Fidel fue prever la estrategia estadounidense, “adelantarse siempre a las movidas del contrario”, pues aunque la política imperialista se volviera más “pacífica” en apariencia, no dejaría de tener como propósito “debilitar y destruir” a la Revolución. El cuarto reto fue el intento de la Revolución por mantener relaciones diplomáticas y civilizadas con quienes deseaban acabar con la libertad y autonomía cubanas, siempre dejando en claro que “la soberanía de Cuba, tanto en el plano doméstico como en el internacional, no era negociable”. Finalmente, el autor destaca el principio martiano de Fidel de lograr la unidad de América Latina y el Caribe para “cerrar el paso al avance impetuoso” de la política imperialista, un principio que, decía, “debiera estar inscrito en las banderas de la izquierda, con socialismo y sin socialismo”.

En el capítulo XIII, “Fidel Castro: aportes a las luchas de Nuestra América”, Luis Suárez Salazar rescata el pensamiento y las políticas de integración y solidaridad de Fidel Castro. Desde sus primeros años de activismo político como estudiante universitario, Fidel fue solidario con otras luchas nacionales y sociales. Visitó Colombia, apoyó el movimiento de independencia de Puerto Rico, el reclamo soberano de Panamá sobre la Zona del Canal y la recuperación de las islas Malvinas para Argentina. Durante su encarcelamiento, luego del asalto al Cuartel Moncada, planteó una política solidaria de parte de Cuba. En México, antes de partir para derrocar al dictador Batista, prometió que Cuba sería un lugar de asilo para todos los luchadores sociales perseguidos. Al triunfar la Revolución, Fidel afirmó: “Esta alegría de hoy no sólo es en Cuba, sino en América entera. Como nosotros nos hemos alegrado cuando ha caído un dictador en América Latina, ellos también se alegran hoy por los cubanos”. Una y otra vez, en foros sociales o reuniones de jefes de Estado, en plazas públicas o en la ONU, en documentos oficiales y discursos, Fidel enfatizó la necesaria integración y solidaridad entre los pueblos oprimidos. Ese sentido de unidad de los pueblos no se limitó a América Latina y el Caribe, incluyó también a los demás países del Tercer Mundo. El legado solidario del Comandante es tan grande que ante su partida La Casa de las Américas afirmó: “Fidel tiene qué hacer en América todavía”.

Frei Betto nos muestra, en el capítulo XIV, “Fidel: legados”, uno de los aspectos más importantes de la vida y obra de Fidel: “su total falta de dogmatismo”. En su testamento Fidel dejó por escrito que se oponía a que su nombre fuera puesto a alguna obra o a alguna vía pública, a que se crearan imágenes, bustos o estatuas de él. Su falta de dogmatismo le permitió integrar a las izquierdas en Cuba y crear una Revolución de unidad. Aunque se estableció el ateísmo como política del Partido Comunista de Cuba, el gobierno nunca cerró una iglesia ni fusiló a un pastor, más bien Fidel –con el pasar de los años– fue un promotor y defensor del carácter humanista de la religión. Fidel fue siempre un líder que practicaba la crítica y la autocrítica, que impulsaba el “deber a expresar las críticas” a la Revolución.

En el capítulo XV, “La humanidad tiene derecho a vivir”, Hernando Calvo Ospina nos presenta a Fidel como un “mito vivo”, un maestro y un líder. Su capacidad de anticipar los sucesos mundiales, le permitió a Fidel y a Cuba sortear la política imperialista de Estados Unidos y el derrumbe de la Unión Soviética. La Revolución logró, en este sentido, construir un proyecto propio. Fidel rechazó siempre la copia de cualquier modelo, tanto el soviético como el chino. Lo mismo sucedió hacia el exterior. Mientras países desarrollados enviaban armas al extranjero, Cuba creó su propia política de solidaridad, enviando médicos y maestros a otros países. Si una lección se puede obtener de los logros de la Revolución es que “miles de millones de humanos en el mundo necesitan ‘Fideles’. Necesitan un Fidel Castro Ruz que les haga creer que son humanos y que no sólo vinieron a este mundo a sufrir”.

El capítulo XVI, “El Fidel que conocí”, a cargo de Ignacio Ramonet, resalta que Fidel Castro fue uno de los pocos hombres que “entran vivos en la leyenda y en la historia”. Perteneció a un grupo de “insurgentes míticos” que en las décadas de 1950 y 1960 se levantaron contra las desigualdades y las discriminaciones. Fidel fue también un personaje internacional ampliamente reconocido y respetado, tuvo relaciones cercanas con los principales líderes mundiales y con los más reconocidos intelectuales y artistas. Fidel sobrevivió a diez presidentes de Estados Unidos y logró que la Revolución permaneciera en pie aun con el bloqueo criminal que los gobiernos estadounidenses le han impuesto por más de 50 años. Sólo la unidad del pueblo cubano pudo resistir los ataques imperialistas, por ello las palabras que pronunciaba Fidel, recordando el lema de San Ignacio de Loyola, aún son importantes: “En una fortaleza sitiada, toda disidencia es traición”. La unidad del pueblo permitió que la Revolución tuviera resultados excepcionales: “abolición del racismo, emancipación de la mujer, erradicación del analfabetismo, reducción dramática de la mortalidad infantil, elevación del nivel cultural general”, entre muchos otros.

John Saxe-Fernández, coordinador de la obra, cierra este volumen colectivo con el capítulo XVII, “Fidel: la gran travesía humana al futuro”. El autor ofrece un homenaje a Fidel Castro, recuperando el pensamiento del líder cubano y, como lo hacía el propio Fidel, alertando sobre los peligros que enfrenta la humanidad. Como señaló Juan Bosch, Fidel Castro fue “una inmensidad histórica cubana, caribeña, latinoamericana y mundial”. Fidel tomó conciencia e intentó alertar a la comunidad internacional sobre los dos riesgos existenciales que enfrenta la humanidad: la amenaza de guerra nuclear y el colapso climático. A tres años del triunfo de la Revolución, en 1962, Fidel y el pueblo cubano enfrentaron el riesgo de una guerra nuclear durante la Crisis de los Misiles. El autor muestra la relevancia histórica de este acontecimiento y, sobre todo, las lecciones que Fidel obtuvo de este “trauma nuclear”. A 50 años, cuando ya no ocupaba cargo político alguno, Fidel se dedicó a profundizar en las implicaciones de la guerra nuclear, consultó artículos especializados e investigaciones de frontera, dialogó con climatólogos y economistas, escribió columnas y pronunció discursos para concientizar a la población sobre la amenaza nuclear, denunció constantemente las políticas agresivas de Estados Unidos, su intervencionismo y sus guerras “anti-terroristas”, condenó la industria armamentista y se pronunció por abolir por completo las armas atómicas. En 1992, en la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro, Fidel lanzó una advertencia a los líderes mundiales: la humanidad está en peligro de desaparecer por la “degradación de sus condiciones de existencia”. El cambio climático, la extinción de especies, la deforestación y la contaminación ponen en peligro el “contexto” que permite a la humanidad hacer historia. Fidel y la academia cubana desarrollaron investigaciones de alta calidad sobre el aumento del nivel del mar y el calentamiento de la atmósfera y los océanos, lo que permitió a la Isla ser una de las mejor preparadas para afrontar las tormentas tropicales. Fidel fue un líder en constante interlocución con la ciencia más avanzada,

“devoraba textos y los sistematizaba sin mayor dificultad”. Por ello el autor señala: “¿qué jefe de Estado en el mundo está en la frontera del conocimiento como lo estaba Fidel?”. El volumen cierra con uno de los legados más importantes que Fidel compartió con la humanidad, su moral “*anti-apocalíptica*”: es nuestro deber tener conciencia de las dos amenazas existenciales que pesan sobre la humanidad –la guerra nuclear y el colapso climático– para luchar contra ellas y evitarlas, para “posponerlas” interminablemente.

Al concluir el volumen, las lectoras y los lectores tendrán una imagen amplia de Fidel, lo conocerán desde la mirada y el sentir de diferentes autoras y autores, desde lo personal hasta lo político. Pero el libro trasciende la vida y obra de Fidel. Los 17 ensayos nos enseñan sobre la historia de América Latina y el Caribe, sobre el imperialismo y la guerra, sobre la resistencia del pueblo organizado y la construcción de un nuevo tipo de sociedad, sobre la solidaridad entre naciones y la integración económica, sobre los problemas que enfrentamos como humanidad y el deber moral de solucionarlos. Como lo señalan las autoras y los autores, conocer la vida y obra de Fidel resulta necesario en tiempos como los que vivimos, tiempos de incertidumbre y violencia cotidiana. En palabras de Pablo González Casanova, *el legado de Fidel nos ayuda a enfrentar la “desesperanza” de nuestro tiempo.*

John Saxe-Fernández (coordinador), *Fidel: 17 aproximaciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 2022, 404 pp.